



Una Cama Deshecha. — Dibujo de Delaeroise.

"La Prensa
Gráfica"
Juan Salvador
EL SALVADOR

Tendido largo a largo en su cama, Julio se desperezó con un largo y ruidoso bostezo. Guido entraba en ese instante en la habitación. Venía restregándose la cara con una toalla amarilla.

—Pásame el periódico... —le dijo mientras preparaba la almohada para apoyarse mejor.

El otro se lo arrojó desde lejos, sin dirigirle siquiera la mirada. Luego, silbando, colgó la toalla en uno de los clavos que hacía las veces de percha.

—¡Oye, mira cómo haces las cosas! —gritó Julio molesto.

—¡Bah! —fue lo que Guido replicó, metida la cabeza dentro de la camiseta que se quitaba en ese momento.

—¡Estas vainas te pueden costar caras! —insistió indignado.

Estaba tratando de ordenar las páginas del diario que, al caer, se habían desperdigado sobre el lecho.

—Sirves bien, o esto se acaba, ¿entiendes? —añadió—. Cuando a mí me toca ser la mujer, yo obedezco sin chistar.

—Mejor cierra el pico... lo interrumpió Guido.

Decidió no responder. Miró la primera página del periódico pasando la vista por encima de los titulares, sin prestarles mayor atención, tan sofocado se encontraba. Para distraer su malhumor buscó las historietas. Guido, en tanto, se había puesto el pijama de rayas azules y se quitaba los zapatos canturreando. Era lunes y le tocaba hacer de mujer, es decir, cumplir todas las tareas domésticas que Julio ordenara. No obstante aquellas pasajeras crisis, hacía varios meses que el acuerdo se cumplía lealmente. De improviso, quizá estimulado por un grabado, Julio se acordó de Margarita, de sus pechos cálidos, y habría gozado buen rato con ello si no lo hubiera atraído tanto la información sobre las carreras en San Felipe. "Buen tiempo el de "Morocco" en los 2,000 metros", se dijo.

Guido ya estaba echado en su cama, frente a él, y permanecía fumando con los ojos cerrados.

—¿Pusiste el despertador? —le preguntó con el determinado propósito de interrumpir su reposo y volverlo a sus obligaciones.

Era evidente que había olvidado de

hacerlo, pues lanzó una interjección de fastidio.

—Tú quieres ser siempre el que manda —insistió Julio. A Guido aquello no le hizo ninguna gracia.

—¡Acaba de una vez! —exclamó agrio.

No lo miró. Oyó que se levantaba e iba hasta la mesa en busca del reloj.

—Tráeme un vaso de agua —ordenó Julio.

—¡Te pasas de vivo! —estaba frenético. El asunto no es fregar. Cuando yo soy el marido nunca pido cojudeces. ...

—Si no me la pides —respondió tranquilamente— es porque no te da la gana. La cuestión es que a uno lo sirvan como a uno le da la gana. Dame el vaso de agua.

—Sirvetelo tú, que no eres manco —contestó Guido decidido mientras manipulaba la cuerda del despertador.

Tuvo temor de que la discusión terminara en franca pelea, y se sostuvo.

Pensó que lo más atinado era convencerlo por las buenas.

—Mira —le dijo en tono amable—, lo mejor es obedecer. Cuando te toca a tí, te vengas como te dé la gana. La mujer obedece, nada más.

Sin responder, Guido volvió a su cama.

—Esta semana —continuó— eres tú la mujer, ¡qué quieres! Es tu deber traerme el vaso de agua.

Hubo un silencio. La vida de dos estudiantes pobres en una pensión es dura y estos pactos suelen ser un alivio. Julio pensaba que había que respetar el régimen, la disciplina. El único camino para acabar con el empecinamiento de su compañero era, sin duda, la franca amenaza.

—Si no te gusta, terminamos; pero, eso sí —era su mejor argumento, su arma secreta—, cuando te venga el asma te pones tú solo la inyección.

Guido no se inmutó, Julio prosiguió hablando:

El Matrimonio

Sebastián Salazar Bondy

—Tú eres la mujer, tú obedeces. ¿No te planché la semana pasada una camisa porque tenías que ver a una hembra? Yo no me quejé. Tráeme el vaso de agua.

—Lo pides para mortificarme, eso es todo. ¿Acaso tienes sed?

—Estoy muerto de sed.

Cuando Guido volvió a hablar, su tono era de absoluta resignación.

Espera. Voy a terminar de fumar.

No dijeron más. Julio volvió al diario y se enfrascó en la lectura de un crimen. Al poco rato su camarada se puso de pie, tomó el vaso y salió. Lo oyó llegar hasta el baño y escuchó el sonido musical del agua corriente. Cuando retornó, le tendió el vaso diciéndole:

—Toma, "Sandrini"...

Consumió el líquido de un tirón tratando de disimular su disgusto por el apodo. Concluyó de beber y devolvió el recipiente. Guido lo colocó en el estante de los libros y, removiendo adrede el sobrenombre, preguntó:

—¿Apago Sandrini?

—Qué hora es? —dijo conteniendo la violenta ira que se anudaba en la garganta.

—La una, "Sandrini".

—¡Bueno, basta ya!

—¿Apago, o no?

—Apaga...

Julio se estiró bajo las sábanas para ahogar el efecto de la injuria. Guido apagó la luz y se introdujo en su cama amortiguando un torrente de risa.

El sueño comenzó a rodear a Julio. Pensó, mientras su ira se enfriaba en las brumas del sueño, que convenía reconciliarse, sobre todo, porque las situaciones tensas lo angustiaban. Toda la culpa era de aquella tonta que al verlo había exclamado: "Mira mamá, ese tipo es igualito a Sandrini".

¡Hasta mañana, "Sandrini"!

Se hubiera levantado para darle un golpe, pero lo contuvo la repentina idea de que podía casarse con Margarita. Pensó que el matrimonio era el ejercicio de un mando absoluto y perpetuo sobre alguien que silenciosamente obedecía "Que después este físico se cure el asma solo", se prometió. Luego se quedó profundamente dormido.